



*Felicitas*

## LA MADRE DE FAMILIA.



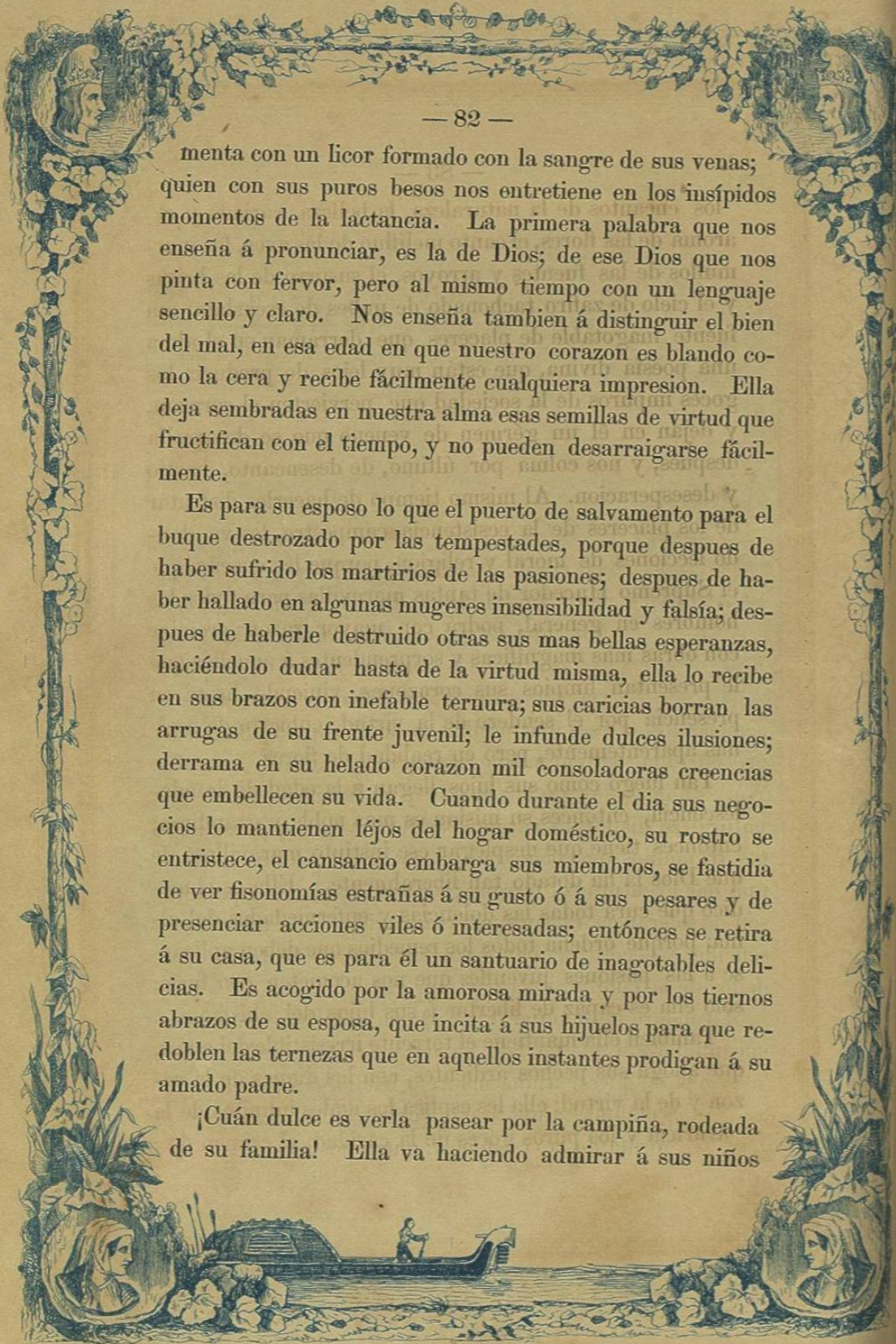
ELÍCITAS! . . . ¡Miradla! Presenta el verdadero tipo de la madre de familia. No es una niña de quince primaveras, radiante de belleza, con sus miradas llenas de coquetería, con sus palabras dulces pero mentirosas; semejándose á esas mariposillas de los campos cubiertas de oro y grana, pero al mismo tiempo inconstantes y volubles. No: está en la flor de la vida, pero su hermosura es de una naturaleza distinta; su frente serena revela los pensamientos tranquilos que ocupan su vida; brilla en sus miradas una bienaventuranza terrenal; cuando habla, sus palabras son de tolerancia, de consuelo y de caridad. Se adorna con sencillez y decoro; ocupando sus instantes presentes los cuidados de la familia, y su porvenir el cielo.

¡La madre de familia! . . . ¿Quién escucha este nombre encantador sin que no lata su pecho de ternura? ¿Quién deja de querer á una madre? Nadie, porque ella es el dulce amparo que encontramos en la orilla de la existencia; quien nos ali-

menta con un licor formado con la sangre de sus venas; quien con sus puros besos nos entretiene en los insípidos momentos de la lactancia. La primera palabra que nos enseña á pronunciar, es la de Dios; de ese Dios que nos pinta con fervor, pero al mismo tiempo con un lenguaje sencillo y claro. Nos enseña tambien á distinguir el bien del mal, en esa edad en que nuestro corazon es blando como la cera y recibe fácilmente cualquiera impresion. Ella deja sembradas en nuestra alma esas semillas de virtud que fructifican con el tiempo, y no pueden desarraigarse fácilmente.

Es para su esposo lo que el puerto de salvamento para el buque destrozado por las tempestades, porque despues de haber sufrido los martirios de las pasiones; despues de haber hallado en algunas mugeres insensibilidad y falsía; despues de haberle destruido otras sus mas bellas esperanzas, haciéndolo dudar hasta de la virtud misma, ella lo recibe en sus brazos con inefable ternura; sus caricias borran las arrugas de su frente juvenil; le infunde dulces ilusiones; derrama en su helado corazon mil consoladoras creencias que embellecen su vida. Cuando durante el dia sus negocios lo mantienen léjos del hogar doméstico, su rostro se entristece, el cansancio embarga sus miembros, se fastidia de ver fisonomías estrañas á su gusto ó á sus pesares y de presenciar acciones viles ó interesadas; entónces se retira á su casa, que es para él un santuario de inagotables delicias. Es acogido por la amorosa mirada y por los tiernos abrazos de su esposa, que incita á sus hijuelos para que redoblen las ternezas que en aquellos instantes prodigan á su amado padre.

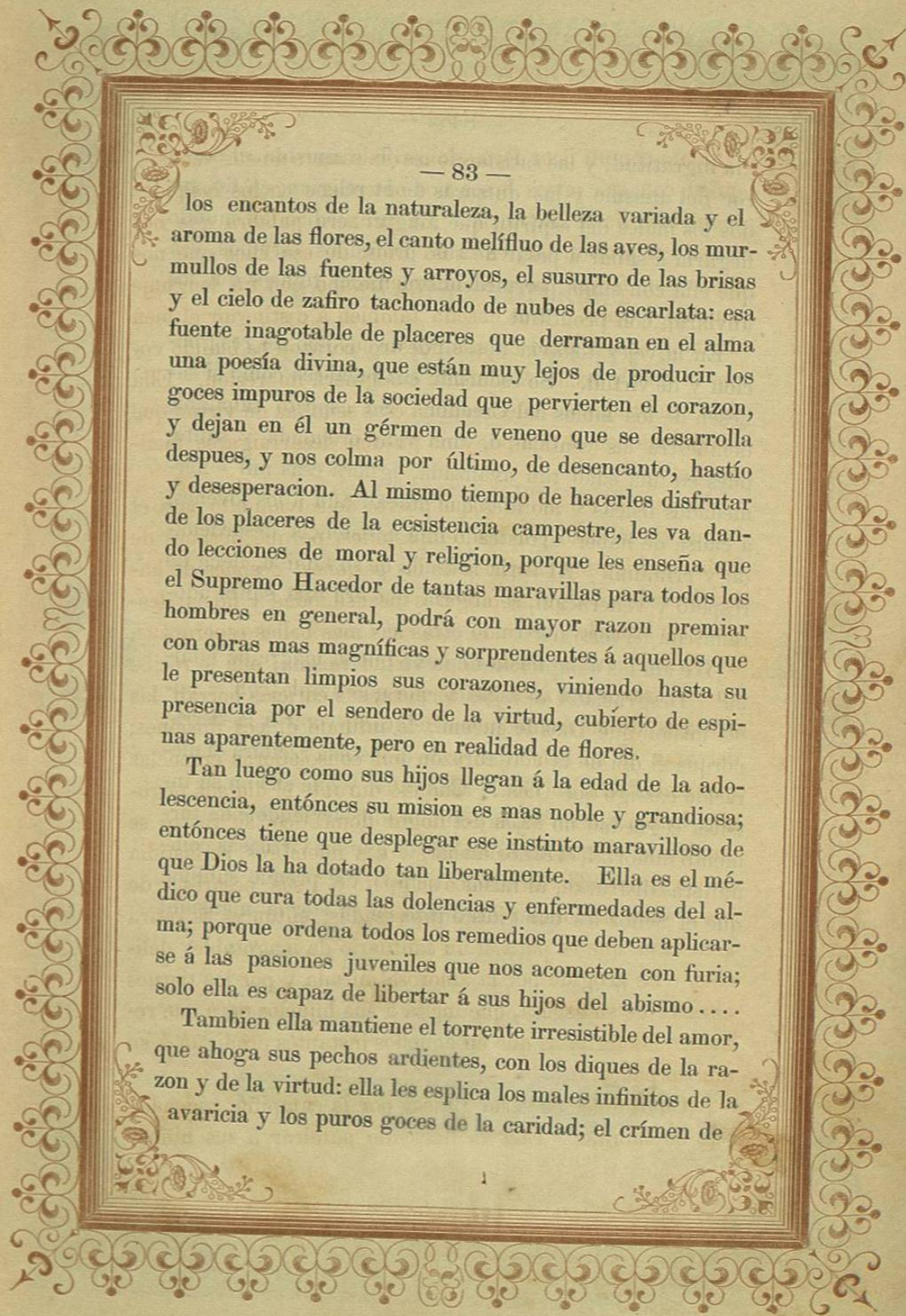
¡Cuán dulce es verla pasear por la campiña, rodeada de su familia! Ella va haciendo admirar á sus niños



los encantos de la naturaleza, la belleza variada y el aroma de las flores, el canto melífluo de las aves, los murmullos de las fuentes y arroyos, el susurro de las brisas y el cielo de zafiro tachonado de nubes de escarlata: esa fuente inagotable de placeres que derraman en el alma una poesía divina, que están muy lejos de producir los goces impuros de la sociedad que pervierten el corazon, y dejan en él un gérmen de veneno que se desarrolla despues, y nos colma por último, de desencanto, hastío y desesperacion. Al mismo tiempo de hacerles disfrutar de los placeres de la ecsistencia campestre, les va dando lecciones de moral y religion, porque les enseña que el Supremo Hacedor de tantas maravillas para todos los hombres en general, podrá con mayor razon premiar con obras mas magníficas y sorprendentes á aquellos que le presentan limpios sus corazones, viniendo hasta su presencia por el sendero de la virtud, cubierto de espinas aparentemente, pero en realidad de flores.

Tan luego como sus hijos llegan á la edad de la adolescencia, entónces su mision es mas noble y grandiosa; entónces tiene que desplegar ese instinto maravilloso de que Dios la ha dotado tan liberalmente. Ella es el médico que cura todas las dolencias y enfermedades del alma; porque ordena todos los remedios que deben aplicarse á las pasiones juveniles que nos acometen con furia; solo ella es capaz de libertar á sus hijos del abismo....

Tambien ella mantiene el torrente irresistible del amor, que ahoga sus pechos ardientes, con los diques de la razon y de la virtud: ella les esplica los males infinitos de la avaricia y los puros goces de la caridad; el crimen de



la ingratitud, y las satisfacciones de la amistad; el horror del ateísmo y las dulzuras de la religión; en fin, todos los males del espíritu que ningún médico del mundo llegaría á sanar á pesar de sus profundos estudios, y á que ella con suma perspicacia ordena los tónicos que los aliviarán con prontitud.

En la vejez todavía nos sirve de modelo de resignación y de virtud. Se escuchan sus palabras como si saliesen de los labios del Creador. Su aspecto saludable demuestra las ventajas de una vida ordenada y santa, pues en una edad tan avanzada, ignora esas mil enfermedades físicas y morales que atacan aún á los jóvenes, á causa de haber arrastrado una existencia desordenada y criminal. Al verla rodeada de su familia, llena de respeto y veneración, se creería que era una santa adorada con fervor.

¡Hé ahí las obligaciones de una buena madre de familia! Desgraciada de aquella que no cumple con la noble misión que Dios le encomendó al venir á la tierra, porque el día de la verdad y de la justicia recibirá el merecido castigo que Dios le reservaba, y que ella en su intensa ceguera no había columbrado; sirviéndole de tormento inmortal, el conocimiento de que sus virtuosas compañeras disfrutaban, al mismo tiempo, del premio sublime que el Señor les tenía destinado en su eterna mansión!

M. A.



### A una Señorita Mexicana

#### QUE SALIA PARA SEVILLA.

Vas á dejar tu patria y tus hogares,  
Que son amables, cual la misma vida;  
Y despues de tristísima partida,  
Vas á cruzar los turbulentos mares.

Vas á pisar las playas extranjeras  
De Bética feliz, tierra encantada,  
Verás la Alhambra y Vega de Granada,  
Y del Guadalquivir lindas riberas.

Mas en medio de tantas hermosuras,  
Como presenta su fecundo suelo,  
Has de estrañar este esplendente cielo,  
Los patrios campos y sus aguas puras.

En el silencio de la noche fria  
Al mirar aquel cielo de zafiro  
Por nuestra dulce patria da un suspiro.  
¡Patria dichosa, cuando Dios quería!

MANUEL CARPIO.